





TODO ARDE

L A T R A M A





# TODO ARDE

*Juan Gómez-Jurado*



Papel certificado por el Forest Stewardship Council®



Penguin  
Random House  
Grupo Editorial

Primera edición: octubre de 2022  
Primera reimpresión: octubre de 2022

© 2022, Juan Gómez-Jurado  
Autor representado por Antonia Kerrigan Agencia Literaria (Donegal Magnalia, S. L.)  
© 2022, Fran Ferriz, por las ilustraciones  
© 2022, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.  
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

*Printed in Spain* – Impreso en España

ISBN: 978-84-666-7247-4  
Depósito legal: B-13.759-2022

Compuesto en Llibresimes, S. L.

Impreso en Rodesa  
Villatuerta (Navarra)

BS 7 2 4 7 4

*Para Babs*



PRIMERA PARTE

AURA

*Hay décadas donde no pasa nada,  
y semanas donde pasan décadas.*

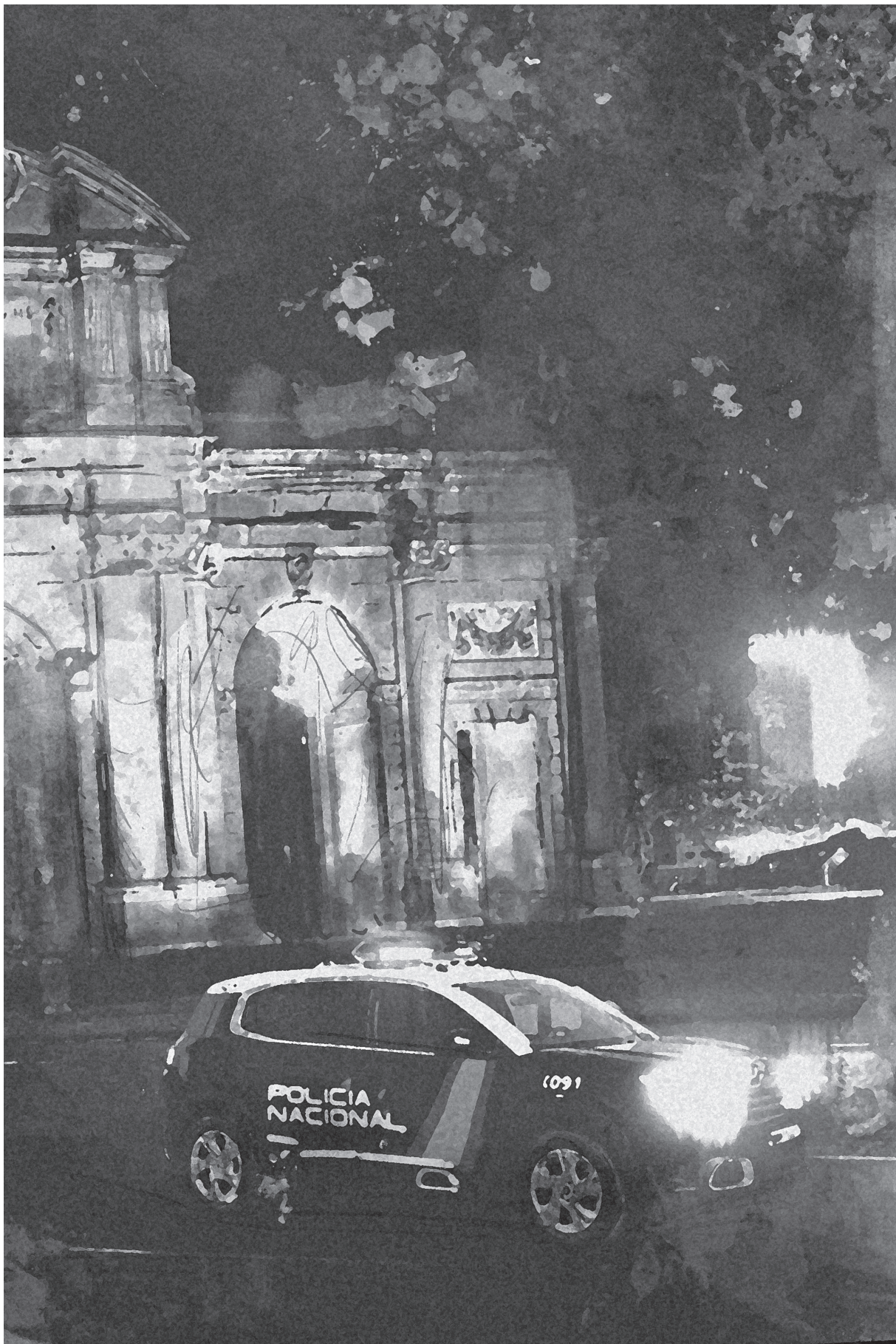
LENIN

*Hasta aquí hemos llegado.*

LOS CHICHOS











# 1

## Un arranque

Todo lo que va a suceder —los muertos, la riada de titulares en los periódicos, el cambio que dará un vuelco al país— comienza de la forma más prosaica.

No es nada extraño. Las mejores historias tienen inicios humildes. Una manzana prohibida, otra que cae en la cabeza de un físico, otra sobreimpresa en la carcasa de un ordenador. Cuando quieres darte cuenta, te han echado del paraíso, has descubierto la gravitación universal o fundado una empresa billonaria.

Esta historia no arranca con una manzana.

Esta historia arranca con un bote de champú del Mercadona. Y nada volverá a ser lo mismo.

Quien sostiene el bote de champú —dos botes, de hecho— es Aura Reyes.

Cuarenta y cinco años, viuda, madre de dos niñas (*ma-ra-vi-llo-sas*, dicho así, separando mucho las sílabas y abriendo mucho la boca). A punto de tener una revelación trascendental.

Violenta, incluso.

De esas que sólo un individuo entre un millón experimenta una vez en la vida.

A Aura le llega en la ducha, con el agua resbalándole por el pelo empapado. Tan caliente que la espalda ya ha comenzado a enrojecerse. Aura mira los dos botes y comprende que ya no podrá ver la vida de la misma forma, nunca más.

Lo que, tan sólo tres horas después, provoca un desastre de proporciones épicas.

## 2

### Un capó

Cuando el rostro de Aura golpea contra el capó del coche patrulla, la rabia se transforma en miedo.

No es la fuerza del impacto. Es el conjunto.

El peso del policía sobre la espalda, apretándola contra la carrocería.

Su olor, mezcla de colonia deportiva, café de máquina y algo más (dentro de unos días Aura descubrirá que es lubricante para armas, pero no nos adelantemos).

El frío de las esposas en torno a las muñecas. El ruido que hace el mecanismo al cerrarse, un crujido doble. La presión del acero contra el hueso, dolorosa e ineludible.

El calor del motor del coche, aún en marcha, que le inunda las mejillas. La resistencia del capó, que ha cedido unos centímetros, pero que aguarda impaciente regresar a su posición.

Las luces del coche, reflejándose en el cristal del escaparate. Los flashes de los teléfonos móviles de los transeúntes ociosos de Serrano, que relumbran en el crepúsculo, iluminando los ojos abiertos y asustados de Aura.

La voz rasposa del segundo policía, al que Aura logra escuchar, con esfuerzo, a través del caos.

—Identificación, señora —repite.

Con poco aire en los pulmones, el pavor en la garganta y la boca seca como el corcho, Aura lucha por formar palabras. Finalmente se oye decir, muy bajito y con voz de otra persona:

—En mi bolso.

Que aún sigue unido a su hombro, y el agente tiene que soltar brevemente las esposas para poder cogerlo. Aura aprieta los puños por puro instinto de huida. El agente que la sujeta aumenta la presión sobre ella. Un breve recordatorio de su indefensión.

El cuero del bolso —un Prada tote original, colección otoño invierno de 2019— hace un ruido esponjoso al aterrizar sobre el capó cubierto de lluvia. El policía no quiere saltarse el procedimiento, y se ha cuidado mucho de que la detenida vea cómo hurga en sus pertenencias.

*Democracia uno, dignidad cero*, piensa Aura.

Un brillo de labios rueda fuera del bolso, pasa frente a su nariz —con el logo de Dior girando a toda velocidad— y cae al suelo.

Aura va a protestar —es el último que le queda—, pero la voz del segundo policía se lo impide.

—Señora, hemos comprobado su DNI y nos consta que tiene usted pendiente un ingreso en prisión.

El policía que la sujeta relaja la presión sobre ella, ayudándola a incorporarse. Como si el descubrimiento de que es una criminal convicta y condenada hubiese reducido su peligrosidad física inmediata. Igual que entrar a la tienda de Nespresso y ver que la expresión de la encargada cambia cuando le alargas la tarjeta de fidelización. *No quiere un café gratis, es clienta habitual.*

Con el policía, lo mismo. Incluso le coloca un poco la chaqueta, que había hecho un burruño a media espalda con tanto forcejeo. Y tiene el detalle de recogerle el pintalabios.

Aura se vuelve hacia ellos, tratando de serenarse. De dialogar. Lo suyo es convencer a la gente, al fin y al cabo.

—El ingreso es dentro de tres semanas —dice apoyándose en el coche.

Endereza la espalda y trata —inútilmente— de componer una imagen de ciudadana ejemplar.

El primer policía, el que la sujetaba, es un joven alto, de rostro aniñado. Se da la vuelta y se mete en la tienda intentando no pisar los cristales rotos. El otro, más bajo y corpulento, observa a Aura mientras se da golpecitos en la mano con el borde de su DNI.

—¿Puede explicarme qué es lo que ha pasado ahí dentro, señora?

Aura mira hacia el escaparate destrozado, como si fuera la primera vez que lo viera.

Uno de los neones del escaparate parpadea, moribundo, y elige ese momento para descolgarse del último cable que lo sostenía y hacerse añicos sobre la acera.

—Un malentendido, agente.

El policía asiente con la cabeza y se sacude restos de cristales de la bota. *Podría pasarle a cualquiera*, dice su rostro. Si no amable, al menos comprensivo. Un encogerse de hombros, un *en Madrid está lloviendo y todo sigue como siempre*.

—Ya veo. Pues va a tener que explicárselo al juez, para que él lo entienda.

El sol se ha puesto ya, las farolas se han encendido, no son horas para que un juez vea a nadie. Eso Aura lo sabe, el policía también. Y eso es lo que provocaba el miedo de Aura. Certificado por la realidad de las esposas, del arma en la cintura del policía. De las luces estroboscópicas que le rebotan en los ojos y con cada vuelta anclan su pensamiento en una única idea.

*Pase lo que pase, esa noche no puede dormir en el calabozo.*

—No he hecho nada.

El agente vuelve a asentir con la cabeza. Otro encogerse de hombros, un *amiga mía, no sé qué decir ni qué hacer para verte feliz*.

—Es la primera vez que lo oigo, señora.

Adelanta una mano y la coge del brazo. El mero contacto disipa su elocuencia y hace estallar su miedo.

No habla.

No razona. No dialoga.

Aura se revuelve, forcejea, grita.

—¡Mis hijas! ¡Mis hijas!

Hay más flases de curiosos, más risas. Por fin tienen su espectáculo, su foto para el grupo de WhatsApp de la oficina, su *story* en Instagram. Hashtag#Serrano; hashtag#pijatarada.

El momento más celebrado es cuando la agarran del cuello para meterla en el coche intentando que no se golpee con la cabeza al entrar.

Sin éxito.

Aura se desploma en el asiento de atrás, con la visión borrosa, sin fuerzas. El portazo que sella su destino es lo último que escucha antes de desmayarse.

### 3

## Un traslado

Vuelve en sí apenas un par de minutos más tarde. A través de la ventanilla trasera, la mole de la Puerta de Alcalá se cierne sobre ella durante un par de segundos, antes de que el coche se ponga de nuevo en marcha y tan sólo quede el tapiz negruzco del cielo de Madrid. Interrumpido por alguna farola, a medida que bajan por Alcalá hacia Recoletos.

—¿Está usted bien?

El policía se ha vuelto hacia ella con genuino interés en los ojos. Quizás se siente mal por haberle estampado la cabeza contra el coche. Por mucho que haya sido culpa de Aura, que se estaba revolviendo como si estuviera poseída.

—¿Dónde me llevan?

—Ya lo sabe.

—No, no lo sé.

Y es la verdad. Por mucho que los agentes hayan asumido



que es una miembro de pleno derecho de la hermandad del delito, éste es el primer arresto de Aura. No tiene experiencia alguna sobre qué hacer, cómo comportarse o, lo que es más necesario, mantener la calma.

*No cometas un error como el de antes, piensa. No pueden descubrir lo de las niñas.*

*Respirar hondo. Encontrar el equilibrio interior.* Las palabras vuelven a ella, derechitas de un vídeo de *mindfulness* que vio en YouTube, en perfecto venezolano.

El problema se produce cuando el *mindfulness* se solapa con la voz del policía alto que contesta a la radio.

—Recibido, central. Vamos camino de Plaza Castilla. No importa una parada más.

—Gracias, zeta cincuenta. Cambio y cierro —se despide una voz femenina.

En el asiento de atrás, Aura termina de asimilar la información en su cerebro como quien recibe a un visitante no deseado. Una prima que llega en plena noche lluviosa, empapada hasta las orejas y a la que no queda más remedio que acoger en el sofá nuevo.

—No puedo ir al juzgado —susurra.

Los agentes no parecen escucharla. Así que Aura lo repite, más fuerte. Cuando quiere darse cuenta, tiene el rostro sudoroso pegado a la barrera de protección que la separa del asiento delantero.

El agente alto se da la vuelta y da con los nudillos en el metacrilato llamando la atención de Aura sobre una pegatina en letras rojas y negras.

Este coche tiene unos asientos  
especiales a prueba de vómitos,  
sangre, orina y otros fluidos. Gracias.

—No nos la juegue, ¿eh, señora? Que luego somos nosotros los que tenemos que limpiar.

Aura no puede evitar pensar en el manual del microondas. Cuando lo compró, sus ojos toparon por casualidad con una línea en la que se aconsejaba fervientemente no meter gatos vivos en el interior del electrodoméstico.

Al leer aquello tuvo que hacer el mismo ejercicio que se fuerza a hacer ahora. Vuelve a leer las dieciséis palabras y se toma unos instantes para evaluar en qué clase de universo es necesario un cartel como éste. Qué clase de personas suelen viajar en el asiento de atrás. Con quién están acostumbrados a tratar los del asiento de delante.

La conclusión es descorazonadora.

Nada de lo que diga a los agentes va a hacerles cambiar de opinión. Nada va a hacerles frenar el coche patrulla y dejarla bajar. Nada va a impedirles llevarla a la comisaría a tomarle declaración (el equivalente del Estado de derecho de no hacer nada en absoluto).

No, nada va a impedir que la lleven a los juzgados, donde sabe Dios cuántas horas la tendrán encerrada.

—¿Señora? ¿Está usted bien?

De nuevo la genuina mirada de preocupación en su captor. Aura se siente estafada. Sería más sencillo que el policía fuera un hombre desagradable y malicioso, que la tratase con desprecio y crueldad. Ayudaría a dividir el mundo en cómo-

das parcelas y la dejaría a ella en el lado correcto de una línea bien pintada en el suelo.

—Pregúntale si tiene que avisar a alguien —dice el compañero. El más bajo y más veterano, que la observa en el retrovisor.

—Ha dicho algo de sus hijas, antes. ¿Están bien sus hijas, señora Reyes?

En el retrovisor, los ojos del policía veterano se estrechan un poco. Aura es dolorosamente consciente del silencio que se ha formado en el interior del coche, subrayado por el ruido del motor al ralentí. Están atascados en mitad del tráfico de sábado noche en la Castellana y los conductores curiosos miran al interior del coche patrulla. Aura siente un centenar de ojos convergiendo sobre ella, pendientes de su respuesta.

—Sí, por supuesto. Están con mi madre.

La mentira fluye de su boca, natural, espontánea. Un leve reflejo de quién era, antes de *lo que pasó*. Una voz templada, llena de convencimiento, capaz de hacerte firmar en la línea de puntos por todo lo que tenías y la sangre de tu primogénito.

Ni por asomo tan buena como la Antigua Aura. Pero, por lo visto, suficiente.

—¿No quiere llamarla? —dice el agente más joven—. Puedo prestarle mi teléfono.

—Rodríguez —le advierte el veterano.

—Venga, hombre. Sólo es una llamada.

—Que la haga al llegar, que para eso hay un protocolo.

—Tengo tarifa plana.

El veterano deja claro con un resoplido lo que opina de la

tarifa plana —en general— y del ofrecimiento de Rodríguez —en particular.

Aura aprovecha la distracción para echarse atrás en el asiento y exhalar el aire que había estado conteniendo. Muy, muy despacio. A medida que sus pulmones se vacían, Aura grita por dentro lo que debe mantener oculto a toda costa. A saber:

Que las niñas están *solas* en casa. Que su madre, incluso aunque las acompañase, representaría más un *peligro* que una ayuda. Que tienen tan sólo *nueve* años, que la esperan hace rato para que las bañe y les haga la cena. Que les dijo que salía un momento para despejarse. Que a esta hora ya deben estar muertas de *miedo*. Que ha sido una irresponsable, dejando que su ansiedad y su orgullo la metieran en esta situación. Que necesita *huir* del coche patrulla, regresar a ellas, lo que sea con tal de mantenerlas a salvo. Que no tiene *nadie* a quien avisar, nadie en quien pueda confiar realmente. Que *todo* su cuerpo tira de ella en dirección a sus hijas, le pide que deje de gritar por dentro y comience a gritar por fuera, cualquier cosa, con tal de *convencerlos*, con tal de *escapar*.

Partirse en dos, en silencio, es su única opción.

Porque en el momento en el que diga la verdad, en el momento en que alguno de estos —desafortunadamente— amables agentes de la ley sospechen que dos niñas de nueve años están solas y aterrorizadas en casa, no dudarán un instante en echar la puerta abajo.

Y en cuanto los Servicios de Tutela del Menor sepan de su situación, de lo que va a suceder en menos de tres semanas...

*Adiós, mami.*

Aura no tiene tiempo de dejarse llevar por la oscuridad y el miedo, porque el coche gira en Alberto Alcocer y se detiene a tan sólo una manzana de la Castellana. El policía joven se vuelve hacia ella con una tensa sonrisa de disculpa.

—Espero que no le importe tener compañía, señora.

Cuando Aura mira a través de la ventanilla, apenas puede creer lo que se le viene encima.